

# *Apagámex*. Medicalización en dos novelas de Marcelo Cohen

Hernán MALTZ  
*Universidad de Buenos Aires / Conicet*

Tatiana MALTZ  
*Universidad de Buenos Aires*

## *Resumen*

Entre los múltiples espacios para la reflexión que ofrecen los textos de Marcelo Cohen, en este artículo deseamos detenernos en un aspecto particular que figura como trasfondo en dos de sus novelas, *Balada* (2011) y *Gongue* (2012): la medicalización en la vida cotidiana. La referencia remite específicamente al *Apagámex*, curiosa y naturalizada pastilla que consumen los personajes del Delta Panorámico (espacio donde tienen lugar las ficciones del escritor). Visión prospectiva del creciente proceso de medicalización, procuramos acercarnos al problema a través de dos vertientes. Por un lado, recapitulamos algunos ejemplos de medicalización e ingesta de fármacos en la literatura argentina, e intentamos ver la especificidad del *Apagámex* en ese marco. Por otro, pretendemos recortar el *Apagámex* de la obra que surge y glosarlo según la perspectiva teórica proveniente desde el campo de la sociología de la salud.

*Palabras clave:* Marcelo Cohen, literatura argentina, medicalización, pastillas, fármacos

## *Abstract*

Among the multiple spaces for reflection offered by Marcelo Cohen's novels, in this article we intend to focus on a particular element which functions as background in two of his novels, *Balada* (2011) and *Gongue* (2012): medicalization in everyday life. This reference points to the *Apagámex*, a curious and naturalized pill consumed by some characters of the Delta Panorámico (the space where Cohen's fiction stories take place). In the context of this process of increasing medicalization, we aim to approach this issue through two aspects. On one hand, we summarize some examples of medicalization in Argentinian literature and we analyze the particularities of the *Apagámex* in this frame. On the other hand, we consider the pill linked with the field of sociology of health.

*Keywords:* Marcelo Cohen, Argentinian literature, medicalization, pills, medicine

## ¿QUIÉNES SE “EMPASTILLAN” EN LA LITERATURA ARGENTINA?

Si nos interesamos por la ingesta de pastillas en la literatura argentina, encontramos una referencia importante a fines de la década del sesenta con la publicación de *Los suicidas*, de Antonio Di Benedetto, en cuyo final se nos muestra un “frasco de [...] tabletas” (2006: 196) para indicar el suicidio de Marcela. De una manera más retorcida, en el cuento “Margarita y el poder de la farmacoepa”, de Adolfo Bioy Casares, el consumo de un medicamento casero también se conecta con la muerte. En esta historia, la protagonista ingiere dicho medicamento y como resultado mata y come a sus familiares. En *Glosa*, de Juan José Saer, hallamos un empleo más político de la pastilla: en una prolepsis de la novela se vaticina el porvenir de Leto como guerrillero, así como su decisión de tragarse una píldora para acabar con su vida antes de perderla a manos de los militares que lo persiguen. Desde luego, estos tres ejemplos no nos permiten extraer conclusiones generales, pero sí nos avalan a remarcar un vínculo que, bajo diferentes modalidades, conecta las pastillas con la muerte<sup>1</sup>.

Avancemos unos años hacia nuestros días y observemos algunas ficciones más recientes que abarcan, central o lateralmente, el consumo de fármacos. A partir de la década del noventa, hallamos una variedad de textos en los que la ingesta de píldoras se circunscribe no a un itinerario hacia la muerte, sino a trayectorias y ciclos vitales. Esta proliferación de pastillas en torno a la vida adquiere múltiples formas: muchas veces ligadas al ocio, pero asimismo a rutinas, a obligaciones e incluso a consumos tan internalizados que ya se presentan como “naturales”. En *Los misterios de Rosario* (1994), *El congreso de literatura* (1997) y *La villa* (2001), novelas de César Aira, se nos presenta la *proxidina*, objeto de consumo de pobres pero también de refinados intelectuales. El propio narrador de *El congreso de literatura*, identificado claramente con la figura de Aira, rememora las “alteraciones perceptivas” (2012: 68) que le generaba la droga, sobre la que confiesa su adicción en un tiempo pasado: “[...] Todo lo cual, sumado, me llevó a consumir drogas (fue la única vez que lo hice en toda mi vida). Me hice adicto a la proxidina, y tarde o temprano habría muerto de una sobredosis, tanto abusaba de ella, si no hubiera encontrado la salida al fin” (2012: 67-68). Los “bajos fondos” de *La villa* como ámbito de presencia de drogas los encontramos exacerbados en *Entre hombres* (2001), de Germán Maggiori, novela en que el uso sistemático de drogas irrumpe desde la primera página: “Marilyn [...] sacó de su pequeña cartera un papel de cocaína y se sirvió dos toques con la uña larga y curva del dedo meñique” (2001: 13). En esta historia hay una proliferación de drogas “suaves” y “duras”, que se usan mezcladas con alcohol: por ejemplo, Garmendia se prepara un “cóctel de Rivotril y ginebra” (2001: 331), y en general hay una advertencia sobre la potencia dañina de esas combinaciones: “[e]l ácido es una droga que hay que manejar con mucho cuidado,

<sup>1</sup> De hecho, si pensamos en la última novela de Saer, *La grande* (2005), también apreciamos la relación fármaco/muerte a través de un uso metafórico de la palabra “droga”, cuando Tomatis recita un soneto: “De la droga llamada día / los que me la hicieron tomar / se olvidaron de precisar / que a la larga me mataría” (2005: 224; énfasis del original).

combinada con marihuana, cocaína, tranquilizantes y tequila causa los estragos más curiosos” (2001: 343). Pero, en este caso, se trata de consumos que homogeneizan a todos sus personajes: no sólo los cuatro amigos que juegan al *pool* en un lóbrego bar del conurbano bonaerense; también políticos y altos funcionarios públicos participan y exaltan dichos consumos: *Entre hombres* puede ser leída como síntoma de toda la década del noventa, y en ella los consumos de pastillas, drogas y alcohol se remiten tanto a los “bajos fondos” como a las “clases distinguidas”.

Textos más recientes abren otro camino en el consumo de píldoras, con la imagen de una “clase media” que incorpora tanto ingestas de fármacos y rutinas de automedicalización como usos más ligados al ocio. No se trata de casos en los que la medicalización aparece en la ficción como consecuencia de la enfermedad, como sucede, por ejemplo, en *Hablar solos* (2013) de Andrés Neuman. Al contrario, la automedicalización y los usos en torno al ocio constituyen dos tipos de práctica que se cierra sobre sí misma. Un ejemplo que combina estas dos posibilidades es *Electrónica* (2014) de Enzo Maqueira. Si bien esta novela pondera el empleo de una variedad de drogas en torno al ocio —marihuana, éxtasis, ketamina—, también contempla un uso “médico” e interiorizado de fármacos: la profesora toma clonazepam para tranquilizarse.

Varios años antes contamos con la publicación del cuento “Alplax”<sup>2</sup>, de Martín Rejtman, incluido en *Literatura y otros cuentos* (2005). Ya el título del relato nos advierte sobre uno de los eslabones que constituyen la cadena de acciones de los personajes del cuento, con rutinas cuyo sentido se configura y se acaba en la misma práctica. La práctica recurrente e interiorizada se inscribe en el ciclo vital alienado de los personajes de Rejtman: Ana no ingiere una pastilla porque se siente mal, sino que simplemente lo hace, y en ese mismo acto se agota el significado de su acción<sup>3</sup>. O al menos se agota desde la perspectiva individual de la persona. Pues si tratáramos de extraer una razón social de este comportamiento tendríamos que remitirnos a los efectos concretos de lo que Menéndez llama Modelo Médico Hegemónico (1990). En ese caso podríamos contemplar esas prácticas que acaban en sí mismas como indicadores de un modelo ideológico de medicina que induce a los sujetos a la medicalización irreflexiva. Como decía Marx en *El Capital*, a propósito de la actitud fetichista de los individuos frente a la mercancía: “[n]o lo saben, pero lo hacen” (2010: 90; énfasis del original).

El uso de pastillas en las obras de Rejtman, en su carácter de práctica recursiva e irreflexiva, resulta un terreno fértil para pensar un punto de comparación con las novelas de Marcelo Cohen que abordamos en este escrito, *Balada* (2011) y *Gongue* (2012). En los textos de los dos autores, el consumo de píldoras tiene lugar como trasfondo de las historias narradas, aunque su relevancia es crucial. Ambos construyen

---

<sup>2</sup> *Alplax* es un nombre comercial de la droga Alprazolam, que se emplea para tratar problemas de ansiedad.

<sup>3</sup> Al menos no hay ningún indicio en el texto que dé cuenta de las motivaciones o la voluntad del personaje para explicar su acción. Sí podemos hallar una explicación algo más desarrollada en la película de Rejtman *Los guantes mágicos* (2003), en la que encontramos elementos más definidos que conducen a la automedicalización, como el fracaso de una relación amorosa.

personajes alienados que tragan pastillas sin mayores motivos que la propia ingesta. Sin embargo, la perspectiva de ciencia ficción de Cohen –o, mejor dicho, su “nuevo realismo”, como plantea Martínez (2013), o su “realismo incierto”, según el mismo Cohen (2003)– añade peculiares ribetes al asunto, y de ellos deseamos ocuparnos.

En el mundo fictivo de Cohen tenemos una circulación dineraria, presencia de pobres y ricos, relaciones asimétricas de explotación y, en suma, propiedad privada. Si estos elementos nos llevan a pensar en un mundo que posee las características esenciales del modo de producción capitalista, el *Apagámex*<sup>4</sup> –fármaco legal presente en *Balada y Gongue*– se constituye como un indicador de un sistema de salud que podemos, asimismo, comparar con el paradigma del sistema médico imperante en nuestro orden social capitalista de comienzos del siglo XXI. Dado que ya mencionamos en este primer apartado al Modelo Médico Hegemónico, consideramos pertinente y necesario realizar un breve compendio de dicho paradigma, así como destacar la importancia que en él tienen los procesos de medicalización.

#### ¿QUIÉNES SE “EMPASTILLAN” EN EL ORDEN SOCIAL CAPITALISTA CONTEMPORÁNEO?

Foucault define el vínculo del Estado moderno con la medicina como una *somatocracia*: “[v]ivimos en un régimen en que una de las finalidades de la intervención estatal es el cuidado del cuerpo, la salud corporal, la relación entre las enfermedades y la salud” (Foucault, 1976: 20).

La medicina se transforma en un discurso disciplinario a través del saber generado por la clínica moderna, basada en dos grandes sub-disciplinas: por un lado, la Anatomía, de tipo mecanicista, destinada a reparar las partes dañadas en el hombre-máquina a causa de enfermedades y, por el otro, la Patología, que organiza un clasificación de las enfermedades que pueden dañar o destruir a esa máquina (Luz, 1997). Esta medicina científica es la base práctica y teórica del Modelo Médico Hegemónico que logra establecerse como la única forma de atender la enfermedad. Se trata de un modelo legitimado por sus conocimientos científicos y por el Estado burgués, del que refleja sus características estructurales: organización jerárquica, asimétrica, clasista y racista (Menéndez, 1990).

La articulación de este modelo con el modo de producción capitalista se da a través de sus principales funciones institucionalizadas –que permiten producir y reproducir una masa estable de personas dispuestas y obligadas a vender su fuerza de

---

<sup>4</sup> Además del *Apagámex*, cuya forma de píldora reviste una mayor familiaridad para nosotros –y nuestra sociedad “capitalista-empastillada”–, podemos traer a colación la *Panconciencia* –elemento previo a las novelas que abordamos en este ensayo y presente ya en los relatos de *Los acuáticos* (2001) que inauguran el espacio del Delta Panorámico–. En *Gongue*, su empleo viene inducido, al igual que el *Apagámex*, por el jefe de Gabelio Támper: “[a]hora recuerdo que poco antes de lanzarme cuesta arriba a ocupar aquí mi puesto, el jefe aconsejó que cuando me entrara insipidez mental me enchufara a la Panconciencia. Un rato, Támper, aunque más no sea. Va a sentirse integrado a la asamblea humana, usted que es tan huraño” (*Gongue*, 40-41). De esta forma, notamos cierta complementariedad entre el *Apagámex* y la *Panconciencia*, en tanto ambos brindan posibles vías de apaciguamiento mental. De hecho, Oeyen caracteriza a la *Panconciencia* como una “droga escapista” (2013: 105).

trabajo—: en primer lugar, las funciones curativa, preventiva y de mantenimiento; en segundo lugar, las funciones de control, normalización y legitimación; y, en tercer lugar, la función económico-ocupacional (Menéndez, 1990).

Uno de los rasgos que merece especial atención del Modelo Médico Hegemónico —y que atraviesa todas sus funciones— es el proceso de creciente medicalización de los cuerpos. Nos referimos a la expansión del discurso médico por sobre el resto de las esferas de la vida —no sólo a aquellas vinculadas al eje salud-enfermedad—, que resultan subordinadas a la normativa médico-científica (Conrad, 1982). De este modo, la medicina amplía su campo de acción y se convierte en un poder autoritario que pretende limitar, regular o eliminar el comportamiento socialmente definido como “anormal”. El Estado moderno se convierte así en un *Estado médico abierto*, pues la medicalización se convierte en un proceso creciente e indefinido (Foucault, 1977).

La medicalización se profundiza aún más al vincularse con otro proceso continuo: la mercantilización. La medicina se entrelaza con la economía en una nueva forma, ya no sólo para producir y reproducir la fuerza de trabajo, sino que la salud se convierte ella misma en una mercancía, fabricada por laboratorios farmacéuticos y consumida por los enfermos, tanto posibles como reales (Foucault, 1977). Así, la construcción social de los problemas de salud “es reemplazada por la construcción corporativa de la enfermedad” (Stolkiner y Ardila Gómez, 2012: 64).

Faraone, Barcala, Torricelli, Bianchi y Tamburrino (2010) retoman a Szasz para dar cuenta de una visión radical del proceso de medicalización. Dicho autor introduce el concepto de *farmacracia* para caracterizar el vínculo establecido entre la medicina y el Estado. Szasz entiende la medicalización como una estrategia semántica y social, ni médica ni científica, que abarca a la población en su conjunto. Se trata de una situación más compleja que en el pasado, pues todos podemos vernos involucrados en el proceso de medicalización, que ya no recae sólo sobre aquellos marcados socialmente como enfermos.

También consideramos atinado remarcar algunos de los cuestionamientos que Conrad (1982) plantea ante la medicalización, entendida como instrumento de control social. En primer lugar, Conrad subraya que la expansión ilimitada de la jurisdicción de la medicina se realiza sin analizar su capacidad para tratar adecuadamente los problemas que pretende solucionar (expansión que podría vincularse con el crecimiento de la industria farmacéutica en el contexto de la ya mencionada mercantilización). En segundo lugar, el autor indica que la medicalización supone la neutralidad moral de la medicina, cuyo fin único sería el bienestar del sujeto enfermo; sin embargo, esta asunción resulta dotada de una gran falsedad, pues la medicina — como venimos indicando— da cuenta del orden moral de la sociedad que la gesta. En tercer lugar, Conrad observa que los problemas humanos y sociales se profesionalizan e individualizan; de esta manera, se delega en los expertos médicos la atención de tales problemas, al tiempo que se ignora y/o minimiza la naturaleza social del comportamiento humano.

Para Foucault e Illich, el gran problema que trae el proceso de medicalización es la *iatrogenia positiva*: “los efectos médicamente nocivos debidos no a errores de diagnóstico ni a la ingestión accidental de esas sustancias, sino a la propia acción de la intervención médica en lo que tiene de fundamento racional” (Foucault, 1976: 22). Illich enfatiza esta cuestión y concluye que la medicina termina por convertirse en una amenaza para la salud: “[l]a sociedad ha transferido a los médicos el derecho exclusivo de determinar qué constituye la enfermedad, quién está enfermo o podría enfermarse, y qué cosa se hará a estas personas” (Illich, 1978: 13).

Sin embargo, en el siguiente apartado veremos que la malograda intervención de un médico aparece mediada por la propia voz del protagonista de *Gongue*. En todo caso, observaremos la existencia de un marco social de consumo de medicamentos sin médicos presentes –aunque esta ausencia de los expertos no implique de ninguna forma su absolución respecto al sistema de salud.

### ¿QUIÉNES SE “EMPASTILLAN” EN EL DELTA PANORÁMICO?

Más allá de sus posibles y necesarias lecturas en el conjunto de la obra de Marcelo Cohen y en el marco del Delta Panorámico –espacio fictivo-futurista donde el autor desarrolla muchas de sus historias–, nos interesa abordar *Balada* y *Gongue* como dos muestras de trayectorias vitales distintas pero con el denominador común de la medicalización<sup>5</sup>. Lerena Dost, protagonista de *Balada*, y Gabelio Támper, de *Gongue*, son seres que habitan sitios completamente distintos en el Delta Panorámico: no sólo en lo que respecta a la geografía, sino también en la posición social, económica y cultural. Lerena Dost es una trabajadora de elite: “era jefa de analistas de cuentas en

---

<sup>5</sup> Desde luego, podemos pensar otros denominadores comunes que refuerzan la lectura conjunta de las novelas: en un nivel temático, tenemos la convivencia entre ricos y pobres: Lerena Dost busca a Suano Botilecue en un refugio de pobres, mientras que Gabelio Támper es un pobre que vigila las tierras de una isla de su jefe; otro tema compartido es la perturbación causada por la figura paterna: en *Balada* la cuestión se menciona al pasar, aunque en *Gongue* hay un mayor desarrollo sobre la influencia del linaje paterno y la tradición del *Custodio*. En un nivel retórico, encontramos que ambas novelas tienden a mezclar distintas voces: en *Balada* tenemos un narrador en tercera persona que no se sirve de rayas de diálogo, de modo que si bien la voz de cada personaje va en una línea distinta, el texto se presenta como un flujo donde no se delimitan nítidamente las distintas voces de los personajes, y tampoco hay divisiones en capítulos; por su parte, *Gongue* se estructura bajo la forma del monólogo interior de Gabelio, por lo que todas las voces son incorporadas a través de la suya, y en este caso se suma el hecho de que el texto también es un *continuum* sin división en capítulos (aunque sí hay “cortes” en el texto producidos por usos atípicos del espacio, en los casos de oraciones que saltan una línea y usan sangría para su conclusión). Por último (al menos en esta nota aclaratoria), podemos mencionar una serie de motivos repetidos entre ambas novelas, consecuencia directa de que refieren al mismo mundo, el Delta Panorámico, en el que hay *ciborgues*, *flaytaxis*, *flaymotos*, *farphones*, *pantallátors*, *tárbits*, *panorámicos*, etcétera. De hecho, estos llamativos vocablos participan de cierto enrarecimiento en un nivel enunciativo que atraviesa las dos novelas; como sostiene Oeyen: “[l]a poética de Cohen se caracteriza por un uso singular y trabajado del lenguaje. Las palabras parecen marcadas por una extrañeza, una alteridad, una incomodidad” (2013: 104). Ante este amplio repertorio de posibles comparaciones, como ya mencionamos, en este trabajo nos interesa recortar un aspecto específico: el consumo de *Apagámex*.

una administradora de inversiones en lugares paisajísticos” (*Balada*, 12); sin embargo, en la novela leemos acerca de su reciente despido, debido a un solo motivo, según su superior: la manipulación que ejercía sobre sus subordinados —y la misma razón emplea su último novio para poner fin a su vínculo amoroso. Por su parte, Gabelio Támper es un vigilante pobre que continúa la profesión heredada del linaje paterno: la tradición del *Custodio*.

En sus vidas paralelas, Lereña y Gabelio consumen una peculiar pastilla que explicita su efecto en su propio nombre: *Apagámex*.

*Balada* refiere la historia de un viaje que emprende Lereña junto a Boti —apodo de Suano Botilecue—, su ex-novio y psicólogo que trabaja en el servicio asistencial de salud del Estado destinado a los pobres. Lereña, luego de sufrir una serie de despojos —pierde el trabajo, el departamento donde vive y la deja el novio—, baja por un ascensor y escucha de casualidad un número con el que prueba suerte en la lotería. Gana y se hace millonaria. Entonces se propone como meta encontrar a la persona de la que oyó ese número —Dielsi Munava—, y para eso persuade a Boti de que la ayude. En el marco de ese viaje que emprenden juntos, observamos en Lereña una compulsión a consumir *Apagámex*; compulsión que, por lo que leemos, lleva la marca interiorizada del hábito. La pastilla ya figura en el propio reencuentro con Boti: Lereña debe explicar el motivo por el que lo busca, pues se nos refiere que en la ruptura de su relación Boti había perdido no sólo el vínculo amoroso, sino que su carrera profesional también había resultado afectada. A los problemas del pasado se suma la dificultad de contarle a Boti el corte con su último novio, por lo que Lereña se traga un *Apagámex*. Frente a esto, Boti comenta: “[e]so [...] va a servirte para aniquilar lo único importante que tengas para decirte” (*Balada*, 18). La escena se repite más adelante: Lereña traga otra pastilla y Boti insiste: “[n]o te vas a curar nunca” (*Balada*, 35). También vemos que ella lleva varios frascos de *Apagámex*: en su mochila, pero incluso en su *cochechío* —nombre de un tipo de automóvil del Delta Panorámico—. Y, al viajar acompañada por los reproches de Boti, Lereña tiende a ocultar de él la ingesta de la pastilla, reservada para los momentos en que se queda sola: “[é]l se bebe el cafeto. Se va a acostar. Ella se queda un rato jugando un duelo con un robot monedor y le gana veinticinco bits; aprovecha la soledad para tragarse un *Apagámex*” (*Balada*, 46).

En *Gongue* tenemos una historia más estática, al menos en lo referido a la motricidad física: ante una inundación, Gabelio Támper debe “gestionar la seguridad de las posesiones [de su jefe], por su valor real y simbólico” (*Gongue*, 22), desde lo alto de un montículo improvisado que le permite ser el ojo de una suerte de panóptico<sup>6</sup>. Si

---

<sup>6</sup> Sin embargo, el dispositivo presenta problemas en su funcionamiento efectivo, debidos fundamentalmente a la motricidad reducida de Gabelio, que no le permite sobrepasar una condición de testigo en los momentos en que actúan los “piratas”. Por otra parte, resulta sugestivo recordar que Oeyen (2013), en su análisis del cuento “Cuando aparecen Aquellos” —incluido en *Los acuáticos* (2001)—, piensa la ciudad de dicho relato bajo la forma del panoptismo. En este sentido, podemos señalar la tematización del control social como una posible clave de lectura del Delta Panorámico: si nosotros nos centramos en el control social médico, desde luego que habría que pensarlo en concomitancia con el

en *Balada* el narrador está en tercera persona, en *Gongue* está en primera: se identifica con la voz de Gabelio y estructura la historia bajo la forma de un monólogo interior. En concreto, en la novela no pasa mucho: Gabelio ordena sus “implementos”, vigila el lugar, observa a los sospechosos y a los “piratas” –quienes incluso le regalan un *chocolati* que será objeto de placer para Gabelio—. Pero, en el formato que brinda la introspección, asistimos a la descripción de un flujo de pensamiento que afirma y duda, siente y racionaliza, se concentra y se dispersa. En ese devenir incesante y caótico de conciencia, tenemos noticia de los males de salud que aquejan a Gabelio. Por un lado, tiene sus dos rodillas maltrechas, a causa de una mala praxis médica:

[...] no me conviene moverme [...] dado la mala pierna y la no tan buena que me han quedado. Una era la pierna que debían operarme del hueso y el médico dejó mala como estaba porque se equivocó de orientación izquierda/derecha, que la sábana me cubría ambas y yo no podía indicarle cuál debía intervenir, porque dormía ya de anestesia; la otra, la pierna que el médico operó en su atolondre y, sana que había estado siempre, con la clavija de maquinio que le implantó el badulaque me la dejó un poco maltrecha. (*Gongue*, 8-9).

Por otro lado, Gabelio sufre de dispepsia: “[d]e seguido me entra la dispepsia. Uno tras otro como balines que dispara la batería de mis tripas los eructos desandan la tráquea y me estremecen la boca” (*Gongue*, 10). No sólo por la tráquea y la boca, esta enfermedad se manifiesta también en el extremo final del aparato intestinal: “si mastico algún bocado me entra la dispepsia y es un desvelo apaciguarla. Luego viene esto de ir a acucillarme con el culo colgando sobre el agua para que, no habiendo aquí retrete, la corriente se lleve los excrementos” (*Gongue*, 15)<sup>7</sup>. A causa de la dispepsia, Gabelio toma unas pastillas, por lo que en su caso sí tenemos una nueva actualización del vínculo enfermedad-medicalización. Sin embargo, el *Apagámex* entra en su vida a través del consejo del jefe, cuando éste lo abandona en el puesto de vigilia: “[s]i la intranquilidad lo desvela mucho, Támper, gritó, tómese una pastilla de éstas. Tengo acá las cápsulas. Apagámex es la marca, por lo que se lee, y aparecen en el informativo del farphonín como muy eficaces. Cuando la gestión se me enrevesa trago un Apagámex y después pasan largos momentos” (*Gongue*, 24).

Gabelio luego consume una píldora de *Apagámex* y el efecto es contundente: “[h]ubo un final brusco de la luz” (*Gongue*, 27). Este contundente resultado de

---

control social político. La *Panconciencia* podría ser el ejemplo más claro en el que hacen anclaje las modalidades de control médico, político e incluso psíquico. Como apunta Oeyen: “[s]i la panconciencia se revela como una forma de controlar la memoria, la conciencia y el pensamiento de los habitantes de las islas del delta, podemos considerarla como un avatar del panóptico de Foucault” (2013: 106).

<sup>7</sup> Como vemos, en *Gongue* hay un claro énfasis en lo escatológico, no sólo relativo a Gabelio, sino también al *ruano*, ese animal propio del Delta Panorámico que lo acompaña: “[e]s mi hora de orinar, que siempre en mí es hecho caudaloso y entibia el cuerponente. Procuco coordinarlo con las deposiciones del ruano, para ya que estoy en pie agarrar la pala y aplastarlas contra el barro” (*Gongue*, 18). Lo escatológico es, a nuestro criterio, un indicador concreto de una relación inmediata entre cuerpo y mundo, que pueden ser considerados como sistemas en interacción, con lo escatológico como los *outputs* del cuerpo de Gabelio y del *ruano*; y, en el marco de esas conexiones inter-sistémicas, los fármacos se imponen como un elemento que media y trastoca el vínculo de Gabelio con el entorno.



adormecimiento contrasta con el efecto de la medicación sobre Lerena, quien consume la pastilla pero no se duerme: podríamos pensar que la internalización y habituación a la droga hace que ésta pierda eficacia. Al contrario, el carácter novedoso de la pastilla puede explicar su efecto soporífero sobre Gabelio. De cualquier modo, a lo largo de la historia de *Gongue* asistimos al inicio de una posible adicción del personaje, pues varias veces desea tomar la “pastilla de las de serenarse” (*Gongue*, 40) o la “pastilla para olvidar” (*Gongue*, 62), distintas formas en que Gabelio piensa en el *Apagámex* como objeto de su deseo. Podemos citar otro ejemplo, en el que además apreciamos la enrarecida sintaxis de *Gongue*: “[y]o quisiera dormir sueño de pastilla para despertar a mí muy tarde” (*Gongue*, 63). Incluso, en un momento, Gabelio la ingiere sin voluntad, al confundirla con la medicación para la dispepsia: “[s]é, de cierto, que en vez de cápsula para la dispepsia engullí una pastilla de las de serenarme que me suministró el jefe, y ahora puede que en el entretiem po haya perdido cierta certeza de mis ojos” (*Gongue*, 40). De esta manera, el consumo de *Apagámex* se convierte en un principio de hábito que, podemos pensar, Gabelio empieza a interiorizar, incluso contra su voluntad.

Por lo tanto, en las dos novelas observamos un consumo de fármacos como práctica recursiva y automatizada –si bien, como mencionamos, en *Balada* podemos apreciarlo en acto y en *Gongue* mayormente como potencia y como una suerte de historia de inicio de un posible hábito–. Si en *Balada* el viaje y el empecinamiento de Lerena generan un constante movimiento y la ingesta de pastillas no da lugar al pensamiento sino a la acción, en *Gongue* asistimos a momentos de cavilación que entran en tensión con ese consumo irreflexivo de fármacos. Suerte de meditación cartesiana pero repleto de vaivenes, el monólogo interior de Gabelio es una mezcla de elementos de concentración y dispersión, de afección y racionalización, de dudas y certezas: el propio *Apagámex*, con su efecto soporífero, constituye el elemento que interrumpe la continuidad del monólogo y llena de vacíos el flujo de la conciencia<sup>8</sup>. Entre variaciones y desvaríos, Gabelio alcanza a descubrir el carácter cultural de su dispepsia. Cuando abandona momentáneamente el puesto de vigilancia, se desprende de su rol social –que lo ata, literalmente, a una posición– y esa distancia le permite, si no comprender, al menos vislumbrar su condición subordinada impuesta por su relación laboral y su linaje paterno. Transcribimos a continuación un fragmento de extensión considerable, pero donde podemos apreciar –al menos parcialmente– esas modulaciones del discurso de Gabelio:

Yo sólo me rasco, y rascándome me percato de que todo el mundo es vibración en mi oreja, un oleaje que no pasa ni se acaba, como si la luz lo asediase sin ofrecerle salida, pero resulta ahora que en esa mansa encerrona mis tripas han firmado la paz. No conocía yo que la naturaleza ahogada diera esta bienaventuranza gástrica. No hay cosa hundida que diga desde abajo una vivacidad: esto es agua, y así lo que sacan los piratas del fondo merece ocurrir. Así con los remos sueltos, de golpe malicio que la dispepsia es para mí una enfermedad cultural; se diría la

<sup>8</sup> Se podría pensar un paralelismo, a raíz de esta condición de la narración por la que “se pierden partes”, con el *blackout* propio de la literatura de la serie negra y del cine negro norteamericano. Aunque, desde luego, en *Gongue* los *blackouts* vienen dados por la violencia no de golpes sino de fármacos.

constancia de un compromiso entre el residuo del aliento del Custodio y la gestión protectora de todo lo que abandonaron Custodio y jefe. Tranquilidad gástrica es ausentarse no menos que el Custodio. Pues no estando yo tampoco hay eructos. Ni el mosquito que me mato, despacio para no arremolinar la luz, hace sangre en mi pescuezo. Tan ilusoria se desplaza la barca piratera y tan cerca sin advertirme, que no sólo no existen ellos sino yo tampoco tal vez. (Gongue, 60-61).

Como vemos, en este fragmento tenemos una pequeña muestra de la dispersión sistemática del discurso de Gabelio. Leemos un continuo de referencias a distintas cuestiones: el relato paralelo de los fenómenos externos y del pensamiento interno; la percepción del mundo circundante y de los otros –así como la duda sobre esa percepción–; la auto-percepción del propio cuerpo –tanto como la duda sobre la existencia del “yo”– y las variaciones entre sus malestares y mejorías.

A partir del vaivén de ese sujeto pretendidamente cartesiano pero al que se le cuelean condicionantes sociales, podemos retomar la concepción de Judith Butler (2006; 2010) en torno a la matriz que rige toda relación social y que se fija en la posesión/desposesión que propicia la otredad. La autora concibe un “sujeto sujetado”, un sujeto relacional producido y a la vez descompuesto por los otros. Podemos aplicar con eficacia esta clasificación tanto a Gabelio como a Lerena y subrayar la desposesión particular que les depara la automedicalización.

Incluso podemos proyectar el esquema de posesión/desposesión sobre un personaje que sólo atisbamos a mencionar en este trabajo, pero que a lo largo de *Balada* se constituye como un significativo co-protagonista: Boti. Él trabaja como funcionario del Estado para controlar/apaciguar/aliviar las psiquis de los pobres del Delta Panorámico y, al mismo tiempo, resulta desposeído de sí mismo a causa de la manipulación de Lerena. Sumado a esto, en el fragmento que cierra *Balada*, notamos en su persona la sistematicidad del pensamiento disperso que antes habíamos observado en la figura de Gabelio; pensamiento disperso que gravita en torno a la obsesión por Lerena y que podemos leer, en la línea butleriana señalada, como una auto-desposesión de sí:

Al doctor Botilecue lo intriga cómo se las arregla cualquier musiquita para organizar emociones en el tiempo.

Piensa que las pantuflas de Lerena son poco calzado para fines de otoño.

No se acuerda si Lerena tiene puesto algún abrigo entre la camisa de tartán y la campera.

No para de pensar en ella. (Balada, 131).

## CIERRE SIN PRESCRIPCIONES

En este recorrido por el “empastillamiento” a través de la literatura revisamos distintas modalidades del uso de fármacos en las letras argentinas contemporáneas, particularmente en las novelas *Balada* y *Gongue* de Marcelo Cohen. Distinguimos dos momentos: por un lado, la ingesta de píldoras conectada con la muerte; por otro, el consumo como práctica de la vida cotidiana –ya sea como modo de recreación o como hábito de medicalización interiorizado e irreflexivo–. Este segundo momento lo hallamos en varias producciones literarias nacionales a partir de la década del noventa

y puntualmente en las dos novelas seleccionadas de Cohen. Consideramos que la distancia reflexiva que propician sus novelas –en la relación entre *nuestro* mundo y el Delta Panorámico<sup>9</sup>– puede funcionar como disparador para meditar sobre el vínculo entre la literatura y las prácticas sociales vigentes en el orden social capitalista del siglo XXI. Así, nos detuvimos de manera específica en el consumo de fármacos y trazamos una ligazón con el proceso de medicalización inscripto en el desarrollo del Modelo Médico Hegemónico.

## BIBLIOGRAFÍA

- AIRA, CÉSAR (2012): *El congreso de literatura*, Buenos Aires: Mondadori.
- BUTLER, JUDITH (2006): *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_ (2010): *Marcos de guerra: las vidas lloradas*, Buenos Aires: Paidós.
- COHEN, MARCELO (2003): *¡Realmente fantástico! Y otros ensayos*, Buenos Aires: Norma.
- \_\_\_ (2011): *Balada*, Buenos Aires: AGUILAR, Altea, Taurus, Alfaguara.
- \_\_\_ (2012): *Gongue*, Buenos Aires: Interzona Editora.
- \_\_\_ (2014): *Relatos reunidos*, Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- CONRAD, PETER (1982): “Sobre la medicalización de la anormalidad y el control social”, en Ingleby, David (comp.): *Psiquiatría crítica. La política de la salud mental*, Barcelona: Crítica, pp. 129-154.
- DI BENEDETTO, ANTONIO (2006): *Los suicidas*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- FARAONE, SILVIA; ALEJANDRA BARCALA; FLAVIA TORRICELLI; EUGENIA BIANCHI; MARÍA CECILIA TAMBURRINO (2010): “Discurso médico y estrategias de marketing de la industria farmacéutica en los procesos de medicación de la infancia en Argentina”, *Interface - Comunicação, Saúde, Educação*, Vol. 14, N° 34, pp. 485-498.
- FOUCAULT, MICHEL (1976): “La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina”, *Educación Médica y Salud*, Vol. 10, N°2, pp. 152-169.
- \_\_\_ (1977). “Historia de la medicalización”: *Educación Médica y Salud*, Vol. 11, N° 1, pp. 3-24.
- HERZLICH, CLAUDINE; JANINE PIERRET (1988): “De ayer a hoy: construcción social del enfermo”, *Cuadernos Médico Sociales*, N° 43, pp. 21-30.
- ILLICH, IVÁN (1978): *Némesis Médica*, México D. F.: Joaquín Mortiz, Planeta.

---

<sup>9</sup> En este ensayo pensamos la relación entre *nuestro* mundo y el Delta Panorámico, y posteriormente comprobamos que Cohen explicita su apuesta por pensar ese vínculo cuando en *Relatos reunidos* (publicado en 2014) decide dividir la compilación en dos partes: “Cuentos de este mundo” y “Cuentos del Delta Panorámico” (Cohen, 2014).

- LUZ, MADEL T. (1997): *Natural, Racional, Social. Razón médica y racionalidad científica moderna*, Buenos Aires: Lugar Editorial.
- MAGGIORI, GERMÁN (2001): *Entre hombres*, Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- MARX, KARL (2010): *El capital. Crítica de la Economía Política. Libro Primero: el proceso de producción del capital*, Tomo I, Vol. I, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- MARTÍNEZ, LUCIANA (2013): “La Literatura hacia la Epistemología en Marcelo Cohen: Postulaciones de un Nuevo Realismo”, *Revista Criação & Crítica*, N° 11, pp. 61-72.
- MENÉNDEZ, EDUARDO (1990): *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica*, México D. F.: Alianza Editorial Mexicana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- OEYEN, ANNELIES (2013): “La caminata urbana construye espacios literarios: un análisis de ‘Cuando aparecen Aquéllos’ de Marcelo Cohen”, *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, Vol. 29, N° 1, pp. 99-114.
- SAER, JUAN JOSÉ (2005): *La grande*, Buenos Aires: Seix Barral.
- STOLKINER, ALICIA; SARA ÁRDILA GÓMEZ (2012): “Conceptualizando la Salud Mental en las prácticas: consideraciones desde el pensamiento de la medicina social/salud colectiva latinoamericanas”, *VERTEX. Revista Argentina de Psiquiatría*, Vol. XXIII, N°101, pp. 57-67.